

# ROMPEACERO

Por

Pierre CHILI



PROVENIA SU sobrenombre de la tenacidad y dureza de su carácter. Los guardiamarinas cambiaban de color cuando Rompeacero los llamaba:

—¡Sus cálculos, señor guardiamarina!

El muchacho extendía ante el ogro en revista sus libros, seguro de que al poco rato iría castigado a una cofa. Podían no merecerle a Rompeacero objeciones los cálculos; pero lo miraría después de alto a abajo con ojos turbios:

—Señor guardiamarina, su calzado no es de reglamento. Las ordenanzas disponen que un oficial debe dar constante ejemplo al personal de baja fuerza. ¡Cuatro horas de cofa!...

—Señor comandante...

—Una semana de arresto... Las ordenanzas establecen que en todo momento los subordinados deben mostrarse conformes con las amonestaciones y castigos de sus superiores.

No había asidero con el ogro. Lo más prudente era resignarse con el semblante grato como lo disponían las sabias ordenanzas.

Comandaba un crucero que de paso recaló a una lejana isla del Pacífico, des-

provista de comunicaciones frecuentes con lo restante del mundo. Un barco de pasajeros había naufragado en sus inmediaciones, refugiándose en la isla escasos sobrevivientes. Decidió Rompeacero embarcar en su buque aquellos náufragos que optaren dirigirse a Valparaíso para desde allí ser repatriados. Un guardiamarina condujo al buque a una niñita de seis años, hija de nobles británicos desaparecidos en la tragedia, según informaciones obtenidas.

El muchacho columpiaba en sus brazos a la naufraguita.

Es una linda muñeca...

Todos los ojos se llenaron de simpatía menos los de Rompeacero. ¿Qué haría con aquel desamparado estorbo en su buque? ¿Quién se haría cargo de aquella criatura? Las Ordenanzas no contemplaban este caso especial en un buque de guerra. Meditó unos instantes: el cirujano de cargo tomaría bajo su responsabilidad y custodia a aquella niña. Secamente le impartió sus órdenes.

El crucero emprendió el regreso. La pequeña náufraga fue albergada en uno de los camarotes bajo cubierta. Estaba extenuada.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó un oficial.

Ella lo miró con extrañeza.

—No entiende. Es una inglesita...  
¿Quién habla inglés?

—Rompeacero.

—¡Maldito el caso que le ha hecho!

Algunos marineros llegaron al camarote con sus obsequios, con monos de trapos y buques en miniatura. Todos se manifestaban muy preocupados, menos Rompeacero, quien estimaba que era una deleznable debilidad el demostrar sentimentalismos como una vulgar ama de cría.

La inglesita se manifestó desasosegada con el sofocante olor a aceites requemados que ascendían de las máquinas. Su extenuación requería cuidados.

—Este camarote no sirve —dijo el cirujano—. Necesita uno aireado.

—El único desocupado es el camarote de reserva del comandante, inmediato al suyo —indicó el detall.

—¿Y quién es capaz de decírselo y de ponerle este cascabel al tigre?

Después de algunas indecisiones, el cirujano resolvió heroicamente hablarle a Rompeacero.

—¿Qué desea, señor cirujano?

—Vengo a imponerlo respetuosamente, señor comandante, de que el estado de la niñita a mi custodia es delicado y temo que le sobrevengan complicaciones si no se le proporciona un camarote más conveniente.

—Económice frases inútiles. ¡Al grano!

Titubeó el médico.

—Estimo, señor comandante, si no lo toma a mal y salvo lo que Ud. mejor resuelva, que el recinto más apropiado sería el camarote de reserva del señor comandante y que afortunadamente no lo ocupa, según entiendo...

Iracundo se puso de pie el ogro.

—¿Que lo ocupo o que no lo ocupo? ¡Sabe, señor cirujano, que se necesita mucha audacia, por no decir otra cosa, para atreverse y entrometerse en mis asuntos y alojamientos privados!

—Lo hago, señor, por la responsabilidad que usted me ha conferido al tener que cuidar de esa criatura.

—¡Qué responsabilidad! ¡En este buque no hay más que una responsabilidad y una autoridad: la del comandante: la mía!... ¡Qué atrevimiento!... ¡Dormir y convivir junto a una chicuela!... Hemos terminado, señor cirujano... Tenga Ud. la bondad...

Se quedó convertido en un energúmeno... ¡Qué desparpajo!... ¡A poco más se le imponía la obligación de pasear de noche y de amamantar a la criatura!

Más calmado, tomó asiento y abrió el libro de las Ordenanzas Navales, cuyas disposiciones eran como versículos sagrados para él... "Deberes del comandante... Tratado Primero... Dará preferencia a las mujeres, niños y ancianos si los hubiere a bordo".

Reflexionó sobre el alcance de tales disposiciones e hizo llamar al cirujano.

—Aunque en las Ordenanzas Navales —le dijo cortante— se mencionan únicamente las obligaciones del comandante con respecto a los niños, en el caso especial de abandono de su propio buque y no de asilados en el suyo, quiero extender estas facultades al caso actual; pero en la convicción de ser un desprendimiento mío y no una obligación ordenancista... Sírvase disponer, señor cirujano, que esa niña sea conducida a mi camarote de reserva, pero bajo la condición expresa —(aquí recalcó con dureza sus palabras)— de que Ud. se hará responsable de la menor molestia que esto me ocasione... Hemos terminado...

La pequeña quedó instalada en el camarote de reserva de Rompeacero, colindante con el suyo.

En los buques de guerra los comandantes viven aislados en sus departamentos, como señores feudales en sus almenados castillos. Después de su solitaria comida, Rompeacero permaneció de sobremesa. Primeramente fue un discreto y metálico ruido al escurrirse las argollas superiores de la cortina por sobre la lanza de bronce. Después fue el aparecer de una camisola blanca tras la roja cortina que se entreabría, y el asomar de una pequeña cabecita rubia de bucles revueltos. Unos ojos muy hermosos miraban al ogro entre asustados y risueños, ojos que eran dos cielos de verano azul en una cara re-

donda con una naricilla que era un botón sobre una graciosa boca. Era una visión encantadora de inocencia. . .

Rompeacero arrugó el entrecejo. Malhumorado estiraba el brazo para tocar el timbre y llamar a alguien que se encargara de aquella niña que había abandonado su cama, cuando la chiquitina con menudos pasos corrió hacia él y lo tomó de las rodillas.

—¿Es usted el "captén" de este vapor?

—Sí. . . Soy el comandante. . .

—El "captén" del "Oceanic" siempre me regalaba "candis" y me tomaba en brazos.

La pequeña lo miró muy donosamente.

—¡Upa, captén! . . .

Rompeacero dirigió una mirada recelosa a la puerta de su cámara, temeroso de que alguien pudiera verlo en situación tan desmedrada. La pequeñuela lo miraba con ingenua confianza.

Carraspeó el ogro. Miró con detención a la niña. ¡Era un encanto aquel inocente capullo hecho de rosas y de porcelana! Rompeacero experimentó un dulzor de ternuras.

Ella continuaba con sus bracitos en alto, imperativa y cariñosa.

—¡Upa, captén! . . .

—¡Diantres! —se dijo para sí Rompeacero—. Este diablejo que no alcanza a cuatro pulgadas tiene ya todo el maldito gancho de las de su endiablado sexo.

—¡Upa! . . .

Titubeó unos instantes. Miró de nuevo a la puerta. No se escuchaban pasos. Tomó a la niña sobre sus rodillas.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mildred.

—Eres un porfiado encanto, Mildred. Y eres también muy linda. . .

Mildred, poco acostumbrada a ver bigotes, exclamó admirada:

—Oye, captén. ¿Por qué esos pelitos que tienes sobre la boca no te los colocas sobre tu cabeza en donde te hacen tanta falta?

Rompeacero hizo un gesto. Aquel monigote se burlaba de su calva, sin respeto alguno.

—Tienes razón. . .

Mildred se acomodó aún más sobre las rodillas del ogro.

—¿Por qué no me haces un buque de papel? Aquí hay papel.

La niña partió en pedazos un pliego escrito que había sobre la mesa.

—Has despedazado un oficio importante del buque. Esto no se hace. Se pide antes permiso.

Al reconvenirla había adoptado un aire paternal y un tono de voz que no se le conocía.

Un guardiamarina exclamó desde afuera:

—Con su permiso, señor comandante.

—Aguárdese un momento —vociferó Rompeacero.

Dejó a la niña sobre su asiento y se encaminó a la puerta de su cámara para evitar que el guardiamarina se impusiera de sus arrechuchos.

—Una luz verde por estribor, señor comandante.

—¿Clara de rumbo?

—Clara, señor comandante.

—Que se me avise sólo en el caso de que no cambie de demarcación. Puede retirarse.

Regresó al lado de la pequeñuela.

—¿No tienes frío? Espera un momento.

Se dirigió a su ropero y regresó con un abrigo en el cual envolvió a la niña, colocándola otra vez sobre sus rodillas.

—Vamos a construir ese buque, señorita Mildred. Aunque no soy constructor naval, algo entiendo.

Construido el buquecillo, ella tras recoger aliento, soplabá, estiraba su boquita, sobre el buque que se deslizaba tambaleando sobre la mesa.

—Estoy cansada. Ahora te toca a ti, captén.

Rompeacero volvió a mirar hacia la sospechosa puerta. Se inclinó sobre la mesa y empezó a resoplar como un mozaibete.

Mildred se le recostó sobre un hombro.

—Eres muy bueno, captén.

—Estás equivocada queridita. Soy un ogro, soy muy malo. Todos me detestan: mujeres, hombres y niños.

—Para dormirme, siempre mi mamá me contaba un cuento.

—Te contaré el de un ogro a quien nadie quería y que no era, sin embargo, tan malo como tú lo dices. . .

Mildred se durmió en los brazos de Rompeacero. Estaba conquistado. Lo que nadie, lo había conseguido en corto tiempo un inocente botoncillo.

Sintió una convulsión de la pequeña y colocó sus manos en su frente. Se puso de pie con viveza y la condujo a su camarote en donde la acomodó en su cama con ternura. Regresó a su cámara y empezó a dar voces:

—¡Que venga al instante el cirujano!

Al par de minutos volvió a impacientarse.

—¡Qué buque es éste! . . . ¡Aquí llama el comandante y no acude nadie con la debida presteza!

Entró apresurado el cirujano.

—¿Qué ocurre, señor comandante?

—¿Qué ocurre? Lo que me suponía. Porfió usted por traer a mi camarote de reserva a esa criatura y ahí la tiene en agonías. . .

El cirujano examinó a Mildred, mientras el ogro adoptaba una actitud de indiferencia.

—¿Qué hay? —le preguntó al médico.

—Una pulmonía. . . Se ha desabrigado de seguro y, dada su extenuación reciente, ha sobrevenido lo que yo me temía.

—¿Algo grave?

—Puede serlo, si no tomamos precauciones.

Rompeacero al oírlo, le respondió con ira:

—De la salud de esa niña, depende su carrera, ¡señor cirujano! ¡Conoce usted que no digo lo que no he de cumplir! Quiero que se salve esa criatura. . . ¿Me entiende? . . .

—Es mi deber, en todo caso, señor comandante, ¡aun tratándose de cualquier persona! . . . Los medios de que a bordo disponemos no son, por desgracia, los más perfectos.

Atronó Rompeacero:

—¿Los medios? . . . Si faltan y pasa un buque, a cañonazos los obtendremos. Que se salve a esa niña es lo que ordeno.

Sanó Mildred. La austera cámara del ogro se pobló con escuadrillas de buquecillos de papel.

El cirujano le dijo:

—Podríamos ya conducirla sin peligro a uno de los camarotes bajo cubierta para dejarlo a usted tranquilo, señor comandante.

—¡No! . . . Algo molesta; pero ¡déjela conmigo! . . .

El crucero ya al alcance de comunicaciones radiotelegráficas, dio cuenta de los naufragos que conducía. La Embajada británica hizo saber que se encargaría de Mildred a la llegada a Valparaíso para repatriarla a Inglaterra.

—Pocos días nos quedan para estar juntos, hijita mía.

Le agradaba llamarla su hija.

—Vámonos juntos a Escocia, "captain" . . . Quiero vivir contigo. . .

En Valparaíso llegó a bordo una "nurse", acompañada de un alto funcionario de la Embajada británica. Rompeacero entregó a Mildred y se encaminó al portalón, a despedirla, adoptando su aspecto insensible y glacial. Le quitó suavemente los brazos de su cuello. No quería aparentar sentimentalismos ridículos ante sus subordinados. La lancha partió y desde ella Mildred le levantó en despedida sus bracitos, los mismos que un día alzara, diciéndole "upa".

Se dirigió a su cámara. Se sentó desfallecido. Diseminados estaban todavía los buquecillos de papel de Mildred. Cerró los ojos. Vio a Mildred. . . Cerró cauteloso la puerta de su cámara. Regresó a su asiento. Apretó los puños. El delicioso e infantil encanto se le aparecía de nuevo. Algo interior lo vencía y le estrujaba el pecho. Luchaba con sus sentimientos. No pudo más. Apretó más los puños al sentirse débil y como un luchador rendido, inclinó la cabeza, diciéndose angustiado:

—¡Mildred! . . . ¡Mi hija querida! . . . ¡la hija que el destino no ha querido darme en mi vida! . . . ¡Mildred, botoncillo inocente, fuiste, en verdad, un porfiado y un delicioso encanto en mi existencia varcía!